

Pájaros

Marko observó con curiosidad cómo la pelota rodó lentamente hasta sus pies. El balón de cuero rebotó contra su zapato y se quedó quieto frente al niño. Marko recapacitó sus siguientes acciones. Le conozco desde hace muchos años y sé que nunca, jamás de los jamases, le ha dado una patada a un balón. El señor Birdwhistle nunca le ha dejado jugar con uno. Bueno, en verdad estoy mintiendo un poco. Por lo que le he oído decir a la señora Fernsby, el señor Birdwhistle se enfadó con Marko una vez por usar un balón en la casa. Rompió un par de jarrones y desde entonces no le ha permitido jugar con una de esas pelotas nunca más. Pobre Marko. Un niño sin su balón es como un anciano sin su bastón. Yo no podría vivir sin mi pelota. Por suerte, el señor Birdwhistle no me prohíbe usarla. Sin embargo, tiene que ser fuera de casa.

Los niños le gritaron desde el campo de fútbol improvisado. “Pásanoslo”, le decían. Vi cómo le temblaban las piernas. Quería dar una buena impresión. Marko nunca ha tenido amigos porque el señor Birdwhistle no le deja salir de casa, a menos que vaya acompañado por la señora Fernsby o por él mismo. Ese día se había escapado porque el circo acababa de llegar al pueblo y quería asomarse para ver a los acróbatas practicando. Le hipnotizaba ver cómo saltaban de un lado a otro con la elegancia de los mismísimos ángeles. Él también quería ser acróbata. Quería unirse al circo y pasar el resto de sus días volando o dando piruetas. Quería bailar como los cisnes de esa canción tan bonita. Si no me equivoco, los cisnes son las aves blancas con cuellos tan largos y con muy mal humor. Una vez me acerqué a uno y casi me arrancó la nariz de un picotazo. No me caen bien los pájaros. Siempre están tramando algo malo. Odio a los pájaros.

Marko se preparó y, con toda la precisión con la que pudo apuntar, le dio una patada al balón. ¡Fue increíble! Empecé a felicitarle y a darle golpes de enhorabuena mientras los niños del campo corrían a por el balón recién pateado. Un joven, de unos trece años, le dio las gracias y le invitó a

jugar con ellos, pero Marko rechazó la oferta. Se conocía el horario del señor Birdwhistle como si de una oración se tratase, y sabía que le quedaba poco para llegar a casa. Y él debía estar allí cuando Birdwhistle llegase. Las normas son las normas. Así que Marko, con una sonrisa, se despidió de los niños con la mano y corrió hacia su hogar, seguido por mí en la retaguardia.

Cuando llegamos a casa fuimos recibidos por la señora Fernsby, la anciana más cariñosa que jamás he conocido. Ha sido la niñera de Marko desde que su madre falleció y le ha cuidado como si fuese su propio nieto. Además, hace un estofado increíble. Es una cocinera de primera. Me encanta estar con ella mientras cocina porque siempre me da algo de comer. Es maravillosa.

Marko entró a trompicones en casa, ignorando las preguntas de la señora Fernsby, y subió a su habitación como una exhalación. Yo me dirigí al salón y me tumbé en el sofá para echarme una siesta. Dormité por más de una hora y cuando abrí los ojos, descubrí al señor Birdwhistle y a Marko en la mesa del salón. Estaban en clase.

El señor Birdwhistle era un hombre muy serio y culto. Era el hermano de la madre de Marko y siempre se había encargado de su educación. Tiene un doctorado en no sé qué cosa científica, o algo así, y siempre está en su despacho jugando con vasos de cristal y líquidos de colores. Una vez intenté beber un poco de ese líquido y al hombre casi le dio un infarto. Creo que le molestó que me intentase beber sus cosas y desde entonces no lo he vuelto a hacer. Le entiendo. A mí tampoco me gusta que se coman mi comida.

Me despecé en el sofá y tras un gran bostezo, me dirigí a donde estaban ambos sentados. Me senté en la silla junto a Marko y miré las hojas y cuadernos de la mesa. No conseguí entender nada de lo que ponía en los papeles. No sé leer. Lo he intentado más de una vez y siempre estoy presente en las

clases del señor Birdwhistle pero, por mucho que me esfuerce, no consigo que las palabras cobren sentido. Creo que, por esa razón, el señor Birdwhistle piensa que soy tonto. Pero no me importa. Marko opina lo contrario. Siempre me está diciendo que soy un chico muy listo.

Apoyé la cabeza sobre la mesa y estuve más de una hora escuchando el discurso que el señor Birdwhistle dio sobre la guerra de los no sé cuántos años entre este país y el otro. Marko estuvo muy atento y tomó varios apuntes en su cuaderno. Él también es un chico muy listo. Todos los niños del pueblo lo piensan aunque, por lo que he oído, los niños del pueblo no van casi a clase. Normal que Marko sea más listo.

Tras acabar la clase, el señor Birdwhistle le ordenó a Marko que se diese una ducha así que, mientras mi amigo se quitaba la mugre del cuerpo, yo fui a la cocina y estuve acompañando a la señora Fernsby mientras hacía la cena. Esa noche había pollo para cenar. Me encanta el pollo. Está muy rico. Sin embargo, no me gustan los pollos vivos. Me dan mal rollo. Nuestros vecinos tienen un corral lleno de gallos y gallinas, y siempre que me acerco, me empiezan a perseguir y a picar los talones. Odio a los pájaros.

Esa noche, durante la cena, Marko le habló al señor Birdwhistle sobre el circo que acababa de llegar al pueblo. El señor Birdwhistle no parecía contento. Le empezó a enumerar cincuenta cosas horribles de esos sitios como la suciedad, las personas “peculiares” que participan allí o el maltrato animal. He de decir que la última no me gustó nada. He visto a leones o a elefantes encerrados en esos sitios. Me dan bastante pena.

Aquella noche, Marko lloró un poco, así que estuve durmiendo con él. El señor Birdwhistle había chafado sus ilusiones. No me cae bien ese hombre. Me da muy mala espina. Me acurruqué junto a mi amigo y le di un par de besos en la mejilla. Él rio y me abrazó. Así nos dormimos.

Los días siguientes, la historia se repitió. Marko se escapaba a ver a los acróbatas, nos encontrábamos con los niños del campo de fútbol, Marko corría a casa para su clase con el señor Birdwhistle y la cena estaba deliciosa. El circo estuvo en el pueblo durante una semana y el último día, los niños del fútbol le preguntaron a Marko si quería ir con ellos a verlo. Marko estaba encantado con la oferta y sin pensárselo dos veces, accedió. Yo también estaba muy ilusionado y me habría puesto a gritar si no hubiese sido porque me acordé de que Marko tenía clase. Marko también se acordó de repente y noté cómo se hundió su mundo.

Los niños no entendían por qué Marko había cambiado de opinión y a pesar de que les explicó que tenía clase, siguieron sin comprenderlo.

“¿Clase de qué? ¿Con quién? ¿Es obligatorio? ¿Vas con alguien más?”

Empezaron a inundarle con preguntas que Marko no supo responder. No entendía cómo el resto de niños no tenían las mismas preocupaciones que él. ¿No tenían que ir a clase? ¿Era él el único? Pero entonces, ¿cómo aprendían cosas?

Marko se despidió sin energía y con paso lento y parsimonioso se dirigió a casa. De camino vi como alguna lágrima salía de sus ojos. Me dolía verle sufrir. Marko era un niño distinto a los demás. Vivía en una casa distinta, le gustaba hacer cosas distintas, tenía un modo de vida distinto. Creo que sentía como si nadie le comprendiese. Ya lo sé, Marko, yo también me siento así casi

siempre. Y le habría dicho que al menos me tenía a mí como amigo, si no fuese porque empezó a correr como un loco. Llegábamos tarde.

Al llegar a la entrada de la casa, vimos cómo el señor Birdwhistle nos esperaba enfadado en el porche. Empezó a gritar y a blasfemar. Marko estaba a mi lado apretando los puños e intentando contener las lágrimas. Noté la furia creciendo en mi pecho. Quería atacarle. Quería hacerle daño. Odiaba a ese hombre. No era una buena persona. Trataba a Marko como si fuese una obligación, no como si fuese su familia.

Marko apoyó su mano en mi espalda. Debió notar que me estaba enfadando. De repente, el señor Birdwhistle, después de decir todo lo que tenía previsto, se tiró cansado en la mecedora del porche. Apoyó el codo en el brazo del asiento y su cabeza sobre su mano. Comenzó a mecerse con lentitud mientras Marko y yo le observábamos perplejos desde las escaleras del porche. Miré a Marko y él me miró a mí. Ambos estábamos muy confundidos.

De repente, la señora Fernsby apareció en la puerta de la casa. La sonrisa se borró de su boca al ver las apariencias de Birdwhistle, y con tono cariñoso nos llamó a Marko y a mí dentro de casa. Aquella noche, el señor Birdwhistle no se unió a nosotros en la cena.

A la hora de acostarnos, la señora Fernsby nos cubrió con las mantas mientras cantaba con su melodiosa voz. Fue entonces cuando Marko le preguntó qué le pasaba a su tío. La señora Fernsby se calló durante unos segundos. Esa pregunta pareció entristecerla sobremedida. Acarició con cuidado la cabeza de Marko mientras le explicaba que su tío le quería mucho. Pff. Sarta de sandeces. El señor Birdwhistle no quería a nadie.

La señora Fernsby debió notar el enfado en mi mirada porque reafirmó lo que acababa de decir. El señor Birdwhistle tenía miedo de perder a Marko, pues ya había perdido al resto de personas importantes de su vida. Nunca estuvo casado, así que su hermana era lo más importante para él. Cuando ella falleció, no se lo pensó dos veces cuando acogió a Marko bajo su techo. Quería que Marko creciera para ser un hombrecito con modales y conocimiento. Por eso era así de estricto con él. No quería que le pasase nada malo. Quería que siempre estuviese a salvo. Al llegar aquella tarde a casa y ver que Marko no estaba, el pobre hombre se había vuelto loco y se había imaginado cientos de horribles escenarios en los que Marko se hacía daño. Por eso estaba tan enfadado cuando llegamos a casa.

Marko pareció conmoverse con lo que la señora Fernsby le dijo pero yo no me tragué ni una sola palabra. Birdwhistle tenía a Marko enjaulado, como uno de esos animales de circo. No era justo. Él quería libertad. Quería tener amigos y poder salir de casa si así lo deseaba. El señor Birdwhistle me recordaba a un cisne. Aparentemente, era un hombre elegante y hermoso, pero en verdad, si te descuidabas, podía picarte la nariz.

Marko nunca llegó a ir al circo. Lo sentí mucho por él. Sabía las ganas que tenía de ver a los acróbatas. Al día siguiente, los niños del campo de fútbol le narraron con todo lujo de detalles el maravilloso espectáculo que presenciaron. Un *showman* muy variopinto acompañado de un par de payasos dieron inicio a la representación. Los domadores de leones demostraron su gran valentía y los acróbatas interpretaron un elegante baile acompañado de poses elásticas y saltos al vacío. Y los elefantes asombraron a todo el público en la actuación final. Marko parecía muy contento e interesado en todo lo que le contaron, pero sé que en el fondo se estaba muriendo de envidia. Él quería haber estado ahí, quería haber vivido esa experiencia en primera persona. Quería haber sentido la ilusión al ver aparecer a los leones y a los acróbatas.

Aquella noche fue Marko el que no se sentó a cenar. Estuvo toda la tarde llorando. Su corazón se había hecho pedazos. Su mayor sueño era ver a esos acróbatas, y gracias a su tío, jamás se iba a cumplir, porque aunque el circo volviese al pueblo, no le permitiría ir a verlo.

El señor Birdwhistle intentó explicarle a Marko que su enfado estaba totalmente injustificado. Comprendía que quería haber ido al circo, pero necesitaba que entendiera que lo que él tenía no lo tenían los otros niños. Tenía una casa cómoda y comida en abundancia. Y una buena educación. El resto de niños del pueblo no se podían imaginar la cantidad de cosas que se estaban perdiendo, porque sus vidas eran muy distintas. Pero Marko no quiso entrar en razón. Durante el transcurso de ese año, la relación entre Marko y su tío se volvió cada día más tensa.

Un año después de aquel suceso, el circo volvió al pueblo. Marko había crecido mucho. Era bastante alto para un niño de su edad y le había cambiado un poco la voz. Además, había hecho amigos. En parte me sentí mal, pues antes todo su tiempo libre lo pasaba conmigo, pero al menos ahora tenía más niños con los que relacionarse. Todas las tardes, después de acabar sus clases con el señor Birdwhistle, salía a jugar al balón con sus amigos. Le enseñaron muchos trucos nuevos y descubrió una cantidad enorme de juegos de los que nunca antes había oído hablar. También aprendió cosas nuevas que su tío no le enseñaba en clase.

El día del regreso del circo, sus amigos vinieron a casa a suplicarle al señor Birdwhistle que le dejase ir. Querían que Marko también viviese esa maravillosa experiencia, y con las habilidades de debate que su amigo les había enseñado, consiguieron que su tío cediese. Marko y sus amigos lo celebraron yendo a cazar ranas al lago.

Por la noche, en la cena, Marko no era capaz de ocultar su regocijo. Deseaba que se acabase aquel día lo antes posible. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no se enteró cuando su tío le habló más de una vez. Resulta que él también quería ir al circo. Menudo caradura. No deja que Marko vaya y después de un año decide que sí, pero solo si él le acompaña. Yo también quería acompañarle, pero sabía que no me dejarían.

Así que, al día siguiente, casi por la noche, Marko y su tío se prepararon para ir al circo. Marko estaba dando botes de alegría por la casa y decidí unirme a él, a pesar de que yo no iba a ir a ver el espectáculo. Cuando el señor Birdwhistle estuvo listo, llamó a Marko desde el rellano de la casa. Ambos se despidieron de la señora Fernsby y Marko me dio un abrazo muy fuerte. Tras aquello, salieron por la puerta.

Aquella noche, la señora Fernsby estuvo leyendo mientras yo dormía en el sofá junto a ella. No sé qué hora era cuando Marko y su tío regresaron del circo, pero mi amigo se fue derecho a la cama. No dormí con él. No me gustó aquella sensación. Era la primera vez que dormía solo.

Por la mañana, Marko estaba muy contento. En el desayuno, estuvo narrándole todo el espectáculo a la señora Fernsby mientras ella servía el té y pelaba la fruta. El señor Birdwhistle también estaba muy cambiado, feliz. Se notaba que había dormido bien. Y por alguna razón que todavía no soy capaz de comprender, la tensión que había existido entre esos dos durante más de un año desapareció de sopetón. Es más, parecían más unidos que nunca. El señor Birdwhistle había conocido a los amigos de Marko y le habían caído bastante bien, hasta tal punto que se había ofrecido a darles clase. Los niños accedieron sin dudarlos. Querían ser tan listos como Marko.

Desde ese día, las cosas han cambiado por casa. Todas las mañanas, los amigos de Marko vienen a clase con nosotros, y por las tardes, salen a jugar al balón como hacían anteriormente. El señor Birdwhistle también está muy satisfecho con su trabajo. Parece que durante todos estos años, lo que le ha faltado es un grupo de niños llenos de curiosidad a los que enseñar. Marko solo no era suficiente. Se le nota más contento y espabilado, además de más cercano hacia los niños. No sé si el señor Birdwhistle me llegará a caer bien algún día pero, por lo menos, está intentando ser mejor tío para Marko. Puede que, después de todo, sí que le quiera y yo me haya equivocado.

Me asomo a la ventana y veo a un cisne en el lago. Ya no sé si me caen bien o mal. A lo mejor les he juzgado muy rápido, como al señor Birdwhistle. A lo mejor no odio a los pájaros. No odio a los pájaros. ¡Marko, no odio a los pájaros! ¡No los odio!

“Oye Marko, dile a tu perro que deje de ladrar, que no me entero de la clase.”

“Sí, perdón”. Se agacha con cuidado por debajo de la mesa y me dice: “Sé bueno, sé que me entiendes porque eres un chico muy listo”.

Me acaricia la cabeza con velocidad y se reincorpora a la clase. Quiero decirle que lo siento y que me portaré bien, pero por mucho que ladre, sé que no me entenderá. Así que yo también voy a seguir prestando atención al señor Birdwhistle, con la esperanza de que, algún día, pueda decirle a Marko todo lo que siempre he querido decirle. Y que él me entienda.